



De ruinas y construcciones

La Jornada, 21 de junio de 2020

En su espléndida columna de los jueves, el poeta David Huerta suele ilustrarnos sobre los libros y autores que frecuenta o ha dejado de hacerlo, cuando no sobre la realidad y sus mutaciones que lo llevan, nos llevan, a cambiar de latitud y altura para descubrir a un Alfonso Reyes puertorriqueño o al propio David con poncho quiteño o chicha peruana. Tales son, pues, las licencias que sólo el poeta pueda darse y disfrutar. A nosotros, simples terrícolas sin territorio ni hábitat, sólo nos queda gozar de su lectura.

Este jueves nos receta, para empezar, un verso de Paul Eluard traducido por Alberti y María Teresa León, que lo lleva a exclamar ¡Cuántos comunistas en tan poco espacio! El verso que dice: “Mirad cómo trabajan los constructores de ruinas!”, le sirve a David de plataforma para advertir: “Las ruinas del INAH no se van a parecer a las de nuestro pasado prehispánico, que ese instituto ha resguardado durante tanto tiempo; las ruinas del INAH, alguna vez orgulloso y enorgullecedor, serán la horrible consecuencia de una devastación secular ordenada por la sinrazón de Estado que desdeña la cultura, el arte, el pensamiento, la ciencia”. Y, el poeta agrega: “No sabemos, nadie sabe, si el recorte se llevará a cabo. La sola amenaza es motivo de inmensa pesadumbre”. No incertidumbre, como hemos acostumbrado a llamar la circunstancia determinada por el bicho, sino pesadumbre porque el daño está hecho.

El “estado cultural”, objeto de críticas severas o acervas, pero siempre de nuestro lado así fuera como presencia imaginaria, se vuelve presa de caza de un extraño fervor que inunda corazón y coco del gobierno más popular que México ha tenido en las últimas décadas. Su denominación de origen no sirve



más como punto de fuga o de disculpa para unos excesos que han dejado de serlo para empezar a esbozar otra cultura, engañosamente iconoclasta, descarnadamente demoledora de muchas de las victorias culturales que nos permitían trazar panoramas e itinerarios de construcción sostenida, expresa, de una unidad basada en una cultura nacional robusta, convencida de su fuerza que en buena medida descende de su versatilidad y capacidad de adaptación. Como lo muestra el cine de ayer y hoy, como lo enseñó ejemplarmente Manuel Felguérez del brazo y por la calle con sus camaradas de la “ruptura” pero sin negar el valor que para ellos y para nosotros tuvieron y tienen los fundadores, con todo y su necia frase “no hay más ruta que la nuestra”.

Esas ruinas que ves, serán las tuyas, porque las de piedra y obsidiana, relieves y mascarones, llegaron aquí para quedarse. El recorte no puede ser visto como tablajería ni la “revolución cultural” como sinónimo de aprovechamiento bárbaro de unos cimientos labrados con sangre y mucho esfuerzo, sensibilidad y talento.

“(…) las artes y las grandes creaciones humanísticas constituyen por sí mismas un valor permanente”, decía con su sabiduría alegre Miguel León-Portilla. Y agregaba: “Desde luego, no tienen una finalidad crematística, sino que son aquello mismo que enriquece al ser humano por su valor intrínseco”¹.

La amenaza y la sorna desde el poder son siempre abuso y agresión. Falta de respeto de la cabeza a los pies. Enmendar, también desde el poder, podría ser señal alentadora de que la racionalidad histórica se coló por una grieta y está dispuesta a expulsar del templo el vulgar cálculo que equipara recorte con ahorro sin entender que sobre y bajo las ruinas, cuando todo parece haber sido consumado, consumido, nos queda la cultura que debemos defender contra esa pandemia oculta pero siempre al acecho... para saltar y derruir.

1 <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/cultura/entrevista-miguel-leon-portilla>